

## LA MANSION DEL TIEMPO,



**B**AJO el polo ártico, en las estremidades del mundo conocido, y al Poniente del astro del día, hay una llanura árida é inculta, en donde *el Tiempo*, ese monstruo creado con la tierra, reina despóticamente. Semejante tirano, tan feroz como inflexible con todo cuanto respira, empinado sobre una columna de mármol blanco, presenta con ún mismo aspecto las gracias de la juventud y las arrugas de la vejez: su rostro, medio cortado por una prolongada barba cana, deja percibir una perfecta decrepitud al lado de la lozanía de la tierna virilidad. Su cuerpo, siempre dispuesto á lanzarse á los aires, se mantiene sobre un pié, que apoya ligeramete en un reloj de arena en las horas que lo hacen pasar, contando escrupulosamente todos los granos. En sus manos

empuña una hoz cortante; y con ojos inflamados, que nunca adormece el sueño, elige sus víctimas entre la multitud innumerable de mortales que imploran su piedad; pero este monstruo, tan empedernido como sordo, sin compadecerse de la edad que él mismo debilita, ni de las condiciones que destruye, ni de los secos que confunde, ni de la hermosura que marchita, ni del talento que enerva, agita sus alas largas y azuladas; repele léjos de sí las horas, los días, los meses, los años y los siglos; hiere indistintamente, ya á un hijo único, esperanza de toda una familia; ya á un monarca querido, que precipita del trono con la misma prontitud con que lo había elevado; ya arranca del lecho nupcial á una jóven esposa, y convierte el goce de un dulce himenéo en pompa fúnebre. Otras veces se deleita en perdonar á un anciano caduco y gotoso, para segar los días de un sano y robusto jóven. En fin, su hoz mortífera solamente la deja caer sobre los viejos que lo rodean, cuando cansado su brazo no puede extenderlo á lo léjos para atrapar sus víctimas: entónces caen cual hojas pálidas, á quienes el soplo del vigoroso aquilon sacude de los árboles al fin del Otoño.

Tales son los juegos crueles que divierten al *Tiempo* cuando su ensangrentada hoz toca sus víctimas. El horrible destino que las entrega á la muerte, precisado á llevárselas, les abre las negras barreras que sirven de puerta á la Eternidad. Por allí entran las almas en ese lúgubre imperio, de donde ningun mortal puede volver á salir. Su insaciable voracidad no se limita á los débiles mortales; imperios, reinos, repúblicas, ciudades, templos, palacios, todo experimenta

su diente de hierro: los monumentos célebres del arte, no son mas respetados que las maravillas de la naturaleza. En torno suyo están amontonadas las ruinas de las dignidades y de las grandezas humanas. Coronas despedazadas, cetros rotos y tronos pulverizados, sobre cuyas ruinas levanta otros para desplomarlos despues. Se complace en elevar los mas grandes imperios del mundo, para destruirlos á la vez, unos por otros, y hacer desaparecer las naciones. Ante él pasan rápidamente todas las generaciones, los ancianos impelidos por los jóvenes, y estos por los niños. Sacrifica con risa desdeñosa mas de setenta mil almas por hora, y se jacta de reproducirlas con mas nacidos para empapar su segur sin intermision. Tal es el *Tiempo*, que todo lo absorbe y todo lo devora; pero ¡ah! en el fin de los siglos, cuando el Eterno consuma todo lo creado, este monstruo, devorado por sí mismo, espirará en las puertas de la Eternidad.



A LA CASCADA  
DE  
**JUANACATLAN.**

Recuerdos de Jalisco.

*A mi fino amigo el Sr. D. Pantaleon Pacheco.*

MIL veces salve ¡oh mágico torrente,  
Imágen de la escelsa Omnipotencia!  
¡Salud á tí que la nevada frente  
Alzas soberbio, y besas  
El trono refulgente  
De un Dios de paz, de amor y de clemencia!  
¡Quién al mirarte en gigantescas olas  
De nacar y diamante,  
No siente dentro el pecho palpitante  
Latir el corazon avasallado,  
Y en santo arrobamiento  
No eleva al Ser Supremo el pensamiento?

Oíd! . . . con ronca voz atronadora  
Su inmensa mole en el abismo zumba,  
Y en gajos cristalinos se derrumba  
A la luz de ese sol que la colora!  
Atónita la mente la contempla  
En éstasis divino,  
Cuando al rumor de sus veloces ondas  
Trasparente una nube se levanta  
De finísimo polvo diamantino.  
Y de la brisa al perfumado aliento  
La frente inclinan las pintadas flores,  
Orgullo y gala del callado río,  
Cuando en su cáliz, amoroso asiento  
De fúlgidos colores,  
Brilla limpia una gota de rocío.  
Allí del íris el radiante prisma,  
En arcos dobles de zafir y gualda,  
Al sol saluda cuando lento abisma  
Su lumbre, tras la falda  
Del empinado monte,  
Que baña en media tinta el horizonte.  
Y en el silencio de la noche, cuando  
La blanca luna con su luz de plata,  
En la corriente de cristal retrata  
Su faz hermosa, de Jalisco perla,  
¡Con qué placer el alma enamorada  
Sueña, despierta, en la muger amada!  
Mas ¡ay! que junto á tí, cascada hermosa,  
Nada valen de amor las ilusiones. . . .

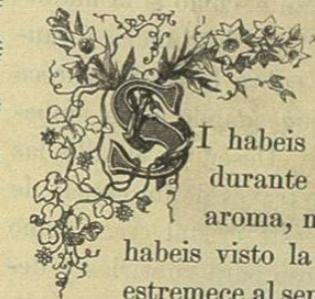
La casta vírgen, en la edad preciosa  
En que palpita el corazón sencillo  
Al grato aroma de la flor del bosque,  
O de las aves al ropaje y brillo,  
Que en sueños de oro sin cesar se agita,  
Un bien sin nombre suspirando en vano,  
Al despertar la realidad encuentra,  
Que todo lo marchita,  
Que todo borra con su helada mano! . . .  
De la amistad al sacrosanto fuego  
Incienso quema en su arrebató el hombre,  
Y el tiempo con sus alas lo destruye,  
Y solo queda del afecto el nombre! . . .  
¡Esta es la vida! En vano  
El mísero mortal en su delirio  
Con loco afán embellecerla quiere,  
Sin comprender el doloroso arcano  
Que todo cuanto nace al punto muere.  
Tan solo tú, magnífico torrente,  
El de los gajos de luciente plata,  
Tal vez eres eterno!  
Tú la aurora primera de escarlata  
Viste nacer quizás, cuando imponente  
A lo creado se mostró en Oriente.  
Y desde entónces, en tropel confuso,  
Tus claras aguas sin cesar murmullan  
Con bronca melodía,  
Que va á perderse en la región vacía.  
Mas cuando todo yazga en el olvido,  
Cuando el sol ya no rompa las tinieblas,

Y en negra noche el mundo sumergido,  
Se pierde la memoria  
De lo que fué la vida,  
Entónces, ¡oh cascada magestuosa,  
Del cielo desprendida,  
Allá en la eternidad tu ronco acento  
Será del orbe el postrimer lamento! . . .

C. H. SERAN.



## LA PLANTA DEL ROCÍO.



¡Habeis visto la flor que se pliega durante el día para eschalar su aroma, miéntras reina la noche; si habeis visto la planta que convulsiva se estremece al sentir el contacto ó la sombra de nuestra mano; si habeis visto la *Inmortal*, que desaparece de la tierra, dejando sus eternas florecillas cual deja el sabio un monumento de gloria; si habeis visto todas estas plantas, y no conocéis la del *Rocío*, cuando la véais tendréis aún otro prodigio que admirar, y vuestra alma verá todavía otro rasgo de belleza y de armonía, y

adorará la mano que esparce pródiga maravillas en el universo.

Esta planta es pequeña; su tallo no tiene la gentileza de la mimosa; es grueso, y se eleva poco sobre la tierra; hay en sus hojas una suma blancura; crece copada y redonda, y sus flores son rojas y del tamaño de las clavellinas. Pero no creais que vais á admirar en ella el verde lustroso del naranjo, el color ceniciento de las hojas del clavel, ni las venas sanguíneas de la remolacha; no: esta planta es la mas sorprendente, la mas bella; veréis un verde un poco pálido, y en la flor un rojo encendido, pero todo cubierto de cristal, todo guarnecido de diamantes, todo puro, diáfano, brillante, como si la mañana se hubiese detenido en ella para derramarle á raudales el rocío. La tela que cubre la planta parece de cristal, pero mas lindo que cuando lo ha embellecido la industria humana. Descubrís el tallo, las venas de los hojas, pero al traves de un capelo de vidrio trasparente . . . . y este cristal crece como las hojas, se estiende amoroso para cubrirlas y defenderlas, como el cariño de una madre sigue á su hijo cuando deja de ser niño.

En la mañana es la mas bella de las plantas; la aromática rosa, la cándida azucena, la dahalia gentil, todas las flores se engalanan orgullosas bebiendo algunas gotas de rocío á la hora del alba; pero tanta belleza es nada junto á la planta de cristal.

Los rayos del sol secarán las gotas diáfanas que adornan las rosas, y marchitarán sus colores agotando su perfume; pero en la *planta del Rocío* reflejarán todos los colores del iris; la harán brillar como el topacio y el zafiro, como el diamante y el rubí, y entonces cada una de sus hojas es un prisma mágico y deslumbrante como la mas ardiente, como la mas bella de las ilusiones.

A lo léjos se descubren los destellos luminosos de la planta; parece que el cristal se ha animado, que se ha convertido en vegetal; y el hombre, al contemplar tanta hermosura, al gozar del bello espectáculo que ofrece á su vista la *planta del Rocío*, se asombra, se sorprende, y atónito bendice al Autor Sublime de la creacion, que lo hace gozar en cada una de sus obras!

1849.—FRANCISCO ZARCO.



## LA AMABILIDAD.



A belleza fascina los sentidos un instante; la amabilidad cautiva el corazón, engendra la simpatía y domina el alma. Hay cierto placer en contemplar á una muger hermosa; es grata la admiración que nos inspira; pero una muger amable, tiene en cada una de sus miradas, en cada una de sus palabras, un dulce é imperioso atractivo. Bien podeis vivir sin estrañar un raro tipo de hermosura; pero siempre suspiraréis por encontrar la amabilidad, ese carácter indefinible y encantador, resultado de puros sentimientos, de una alma sencilla; expresión, en fin, del corazón de la muger . . .

La muger amable es un ángel que esparce ventura en su derredor; que mitiga con su sonrisa esos males íntimos y profundos que todos llevamos dentro del pecho. La amabilidad no consiste en esas palabras gla-

ciales de la etiqueta, en esos obsequios fríos que ha establecido el mundo por mera saciedad; en la amabilidad no hay estudio, es toda sencilla como la que nace del sentimiento.

¡Qué emoción tan grata produce en nuestra alma la amabilidad! Sentimos el corazón subyugado, experimentamos un grato consuelo, olvidamos nuestros martirios, desechamos, en fin, ese horrible escepticismo que producen el desengaño y el pesar . . .

Cuando cansados de ese positivismo de la sociedad, cuando hastiados del ruido del mundo, encontramos una muger amable, que nos encanta con su conversación, con sus miradas, con su voz, con su brillante imaginación, ¡qué placer tan suave, tan inefable, tan tranquilo se apodera del corazón! ¡Ah! entónces la muger cumple su misión de consuelo; ella sola reanima la esperanza, embellece el pensamiento y produce en el alma una tranquilidad dulce y apacible como la amabilidad.

Una muger amable, aun cuando no sea extraordinariamente hermosa, nos causa mas delicias que la muger bella, fría y sin sensibilidad. Una muger amable será siempre estimada; no producirá impresiones fugitivas y ligeras; su memoria será duradera en cuanto tengan la dicha de mirarla una vez siquiera . . . ella será compasiva con el infortunio; enjugará las lágrimas de la miseria; será ardiente en la amistad; y cuando ame, será con fuego, con pasión: amará á un hombre, pero ella será amada de todos los hombres, de todas las mugeres . . .

El pudor y la modestia de la muger amable, son un encanto mas, comparable solo con la inocencia de la infancia, de esa edad pura y sin mancha, de que parece no salejamas la muger de alma sensible y delicada.

La belleza se marchita con los años; la muger que pierde su hermosura, deja de atraerse las miradas; solo la amabilidad es un atractivo que no debilita el tiempo: la muger dotada de amabilidad, recibirá siempre una especie de culto de todos los corazones.

La amabilidad es el mas mágico hechizo, el atractivo mas poderoso de la muger; él la hace el ornato del hogar doméstico, ya sea una madre ó una hermana, una esposa ó una hija. . . . La amabilidad hará que ella domine siempre nuestros deseos, que suya sea nuestra voluntad, y que su imperio, miéntras mas poderoso, sea mas agradable.

La amabilidad de una muger hace que el hombre se arrepienta de sus extravíos; es el vínculo que lo une á la familia; vínculo que, abandonado una vez, suspirará por recobrar, como el ave que ansiosa de desplegar sus alas en el campo, se mira amenazada y vuelve á su nido en pos de paz y de tranquilidad.

La cortesía estudiada, afectada, se parece tanto á la amabilidad, como el oropel al oro. Mugeres, sed siempre amables, y vuestro poder será inmenso, porque subyugaréis los corazones, porque encenderéis en ellos una viva y ardiente simpatía.

